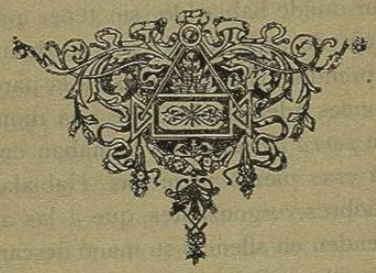
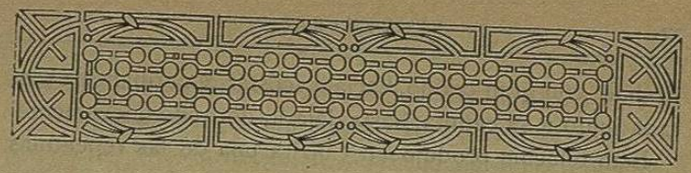
ban en la oscuridad, como la sonrisa del genio del mal, complaciéndose en las tinieblas.

Tres horas después, resonaban gritos y lamentos al otro extremo de la casa... Era Paquito Luján, que entumecido por el fresco de la madrugada y aterrado por la oscuridad, despertaba allá en la *Nursery*, olvidado de todos en aquel suntuoso palacio, morada del padre y la madre que le habían dado el sér, y de diecisiete criados dedicados á su servicio!...





V

RIÓSE mucho al otro día la Condesa de Albornoz al oir contar á su hijo Paquito sus extrañas aventuras de la noche precedente: al verse solo, á oscuras, vestido y acostado en una cama que no era la suya del colegio, comenzó el niño á gritar lleno de angustia, sin que nadie contestase á sus lamentos. Oíalos Miss Buteffull desde su cama, y comprendió al punto la causa: sin duda nadie se había acordado en la casa de que el pobre niño había vuelto del colegio; quizá se había puesto malo de pronto, quizá habían entrado ladrones y lo estaban asesinando... Miss Butefull compadecida, encendió la vela de su palmatoria. Un decoroso reparo la detuvo de repente: el caso era grave... Tenía ella cuarenta y cinco años, once el niño, la hora de la noche era avanzada. ¿Cómo entrar sola en su cuarto?... Miss Buteffull apagó la palmatoria.

Mientras tanto los clamores desesperados del niño despertaban también á la doncella de Lilí, Magdalena, que dormía allí cerca, y acudía ésta presurosa en su auxilio; tranqui-

lizábalo con gran cariño, hacíale acostar, y permanecía sentada junto á su camita, hasta dejarlo dormido nuevamente.

Esta relación produjo en Currita una de las repentinas crisis de amor materno, que solían atacarla de vez en cuando en sus días de aburrimiento. Solía entonces pasar horas enteras en la *Nursery* jugando con sus hijos: comíaselos á besos, llamábales sus *pichoncitos*, hacíales traer costosos juguetes y golosinas de todos géneros, y complaciéndose en poner en ridículo á Miss Buteffull y en decir pestes de los Padres del colegio, destruía en media hora todo lo bueno que, á costa de mil trabajos, habían sembrado y podían sembrar en adelante éstos y aquélla en los tiernos corazones de ambos niños; porque uno de los grandes escollos en que tropiezan los esfuerzos de las personas dedicadas á la educación, consiste en la imprudente y culpable ligereza con que se complacen muchos padres en presentar ante sus hijos á preceptores y maestros, no como amigos íntimos encargados de guiar sus pasos, ni como seres benéficos que les dispensan el favor insigne de formar sus corazones y alumbrar sus entendimientos, sino como tiranos que les oprimen y mortifican, como carceleros cuya vigilancia hay que burlar con ardides y tretas más ó menos inocentes. Destrúyese así la buena opinión necesaria á todo el que manda para ser respetado; la fe humana precisa á todo el que enseña para ser creído, y sólo una cosa existe, á nuestro juicio, que sea tan perjudicial á la educación, como lo es esta misma: la pugna que á veces descubre el niño entre la moral de sus padres y la moral de sus maestros... Imposible es describir las angustiosas perplejidades, las dolorosas dudas que, con harto triste frecuencia, despiertan estas contradicciones en las almas de los niños: vése en ellos la lucha del entendimiento con el corazón, demostrándole aquél que es sana la doctrina del maestro, esforzándose éste por persuadirle que no puede ser mala la práctica contraria del padre ó de la madre que tanto aman, que no puede ser cierto lo que, por el solo hecho de serlo, ha de dar irremisiblemente á aquellos seres tan amados la patente de perversos... ¡Ah! jamás olvidará el que escribe estas líneas las angustias de un pobre niño, modelo de candor y de juicio, al oir explicar cierta lección del Catecismo; quedóse el niño muy pensativo, fuése luego poco á poco angustiando, hasta exclamar al fin convulso, con el corazón encogido, los ojos llenos de lágrimas y temblorosas las manitas:

—¡Entonces... entonces... mi papá es muy malo, muy malo... y se va á ir al infierno!...

Importábasele todo esto muy poco á Currita, y sus granizadas intermitentes de besos, de mimos y de imprudencias, borraban por completo en el ánimo candoroso de Lilí los largos olvidos y la egoísta indiferencia de su madre; mas no lograban lo mismo en el niño aquellas sensiblerías tempestuosas. Había en el fondo de aquel tierno corazoncito un rinconcillo oculto, en que la memoria iba depositando con implacable fidelidad la lista de todos los agravios, como un grano de simiente venenosa entre una vegetación salubre, cómo un tallo de cicuta que había de hacer brotar en aquella selva virgen el sombrío rencor, el rencor callado y paciente, árbol siniestro que produce á la larga los envenenados frutos del odio. Todavía aquel corazón angelical perdonaba fácilmente lo que reputaba por injuria; mas ya había dado un paso adelante, ya le era imposible olvidarlo por completo.

No era, sin embargo, el aburrimiento el que había traído aquella mañana á la Condesa de Albornoz á entretenerse con sus hijos: parecía, por el contrario, preocupada, un poco inquieta, y notábase en ella esa agitación nerviosa de todo el que espera algo que teme ó le importa. Lilí tuvo

una idea felicísima; propuso á su madre que hiciese retratar á Paquito con sus premios. Púsose el niño muy encarnado, y movió negativamente la cabeza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Currita encantada.—Sí, sí, ahora mismo... ¡verás qué bonito!... ¿Á ver, Germán?... Avise V. al Sr. Marqués que vamos á subir á la *cabaña*, á que nos haga un retrato...

Desprendióse el niño al oir esto de los brazos de Lilí que saltando de alegría le abrazaba, y exclamó con enérgica ira:

—¡No! ¡no!... ¡Papá, no!...

—¿Pero por qué?—dijo sorprendida Currita, agarrándole por un brazo.

Forcejeaba el niño por desasirse, muy colorado y conmovido, y con los hermosos ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero por qué, por qué?—repetía Currita.

—¡Me dijo que me fuera!... ¡Me dió dos pesetas!—gritó al fin el niño con gran desconsuelo; y sollozando amargamente, escondió la preciosa carita en el seno de su madre.

¡Qué rayo de luz hubiera sido aquel lamento del niño, para una de esas madres santas y prudentes que estudian y dirigen hasta el más ligero latido del corazón de sus hijos!... En él aparecía revelado un noble pundonor que iba ya camino del orgullo, y una precoz propensión á la venganza, que espera oculta y paciente la hora de devolver desaire por desaire y ofensa por ofensa. Mas Currita sólo vió en todo aquello un capricho de niño voluntarioso, y entre caricias y reflexiones, halagos y amenazas, intentó persuadir al niño á que se dejara hacer el retrato: cedió éste en la apariencia, y Currita subió con ambos niños de la mano á la espléndida *cabaña* en que tenía el Marqués de Villamelón su taller fotográfico.

Porque el ocio, esa gran pesadumbre de los grandes, que

en vez de lágrimas tiene bostezos, había despertado en el ilustre prócer y guerrero invicto la afición á la fotografía, no encontrando en él la aptitud necesaria para el cultivo de otras artes más elevadas. Comer, beber, dormir y retratar á todo bicho viviente que cruzaba ante la magnífica lente de su cámara oscura, eran las útiles tareas que llenaban, y aun hacían rebosar, la vida de aquel ilustre prócer, á cuyos abuelos cabía tanta parte en las gloriosas empresas de la antigua España.

Acudió, pues, Villamelón presuroso, como siempre, á la menor indicación de Currita, envuelto en su fresca bata escocesa, que apenas le pasaba de la cintura: venía con él uno de esos magníficos perrazos de Kamschatka, de un blanco amarillento, que arrastran en su país pesados trineos, y había sido el paje continuo de Currita en una larga temporada en que le pareció muy espiritual hacer grandes excursiones á caballo.

Villamelón comenzó al punto á preparar la máquina con sus dedos manchados de nitrato de plata, y Currita disponía mientras tanto el artístico grupo, en que habían de retratarse los niños. Colocóse en el centro un gran sitial gótico, preciosa joya arqueológica y artística, y hundidos en él ambos niños y estrechamente abrazados, habían de aparecer examinando juntos el diploma de los premios, un exacto facsímile de una bellísima miniatura del siglo XV: tendido á la larga ante ellos, Tock, el perrazo amarillento, apoyaba el hocico en el rojo almohadón de terciopelo en que descansaban los pies de los niños.

—¡Delicioso!—exclamaba encantada Currita.—Mira, Fernandito, parece un cuadro de Meissonnier...

Los premios, sin embargo, no parecían por ninguna parte, y Paquito se encogía de hombros, asegurando ignorar dónde los había puesto.

—¡Tonto!—gritó Lilí dándole una palmada—si los dejaste abajo...

Y en menos de dos minutos fué por ellos y los trajo, mostrándose muy sorprendida de que los vivos colores del diploma apareciesen desteñidos en algunos sitios como por gotas de agua. El niño se puso muy encarnado, y no dijo una palabra: sus lágrimas de la noche anterior eran la causa de aquellas manchas.

En aquel momento anunció un criado á Currita que el Sr. Ministro de la Gobernación deseaba hablarla con urgencia. Volvióse ella bruscamente á su marido, dejando caer el diploma que tenía en la mano, y él se incorporó asustado, quedándole por la cabeza el paño negro con que se cubría para enfocar la máquina; por debajo asomaban sus bigotes retorcidos, su nariz colgante, sus ojos azorados en aquel momento, fijos en Currita con la medrosa expresión del escolar desaplicado cogido infraganti.

La esposa dió dos pasos hacia el esposo, desmintiendo con los rayos que de sus claros ojos brotaban, la suave vocecita y el pausado tono con que dijo:

—¿Pues no comió ayer aquí ese buey Apis?...

—Es un animal—replicó el marido; y para ocultar su turbación, escondióse bajo el paño negro, poniéndose á enfocar de nuevo la máquina.

—Óyeme, Fernandito, que te estoy hablando—añadió Currita con relamida pausa.

Incorporóse de nuevo Fernandito, cada vez más turbado, sin quitarse el paño negro de la cabeza.

—¿Dijo anoche algo el buey Apis sobre el nombramiento?

—Nada—balbuceó Villamelón.

—¿Nada?... ¿Estás cierto?...

Los labios de Villamelón temblaron, como tiemblan los del chico que va á soltar una mentira.

Y pensándolo mejor sin duda, recordó al cabo Fernandito que el Ministro de la Gobernación, el buey Apis, como por razón de su corpulencia le llamaban, tan sólo le había dicho que el pastel de ratas debía de ser muy indigesto. ¡Vaya V. á ver qué tontería! Pero en cambio manifestó á Juanito Velarde que aquello no podía quedar así, que nadie se burlaba impunemente del Gobierno, y que estaba decidido á reclamar de Currita la aceptación del nombramiento, apoyándose en una carta que—¡frase poco ministerial!...—había de refregarle por los hocicos...

—¿Una carta?—exclamó Currita realmente sorprendida.—¿Pero de quién?...

—¡Mía... mía!...—balbuceó Villamelón; y comprendiendo que con esto soltaba el trueno gordo, pidió á la tierra que se lo tragase. Mas la tierra no tuvo por conveniente darle gusto; Currita avanzó otros dos menudos pasitos, y suavizando más y más su acento, mientras más y más se encolerizaba, añadió:

—¿Pero tú le has escrito, Fernandito?...

Villamelón bajó la cabeza anonadado.

—¿Pero no te dije que fueras á hablarle?... ¿Que en todo este negocio no había que soltar por escrito una sola letra?... ¿Lo ves, Fernandito?...

Villamelón retrocedió un paso como quien espera un cachete, y Currita adelantó otro, diciendo después de una pausa:

—¿Y dijo que iba á... á... á presentarme esa carta?...

—Eso decía Velarde.

—¿Estás seguro?...

—Segurísimo.

Villamelón dió otro paso atrás y Currita otro adelante, repitiendo con tan suave voz que parecía una caricia:

—¿Lo ves?... ¿Lo ves, Fernandito?...

Y tirando de repente con rabioso arranque del paño negro, hundióle la cabeza á su ilustre esposo en la especie de saco que aquél formaba: volvió luego la espalda pausadamente, y sin perder su suavidad, salió de la *cabaña*.

Lilí se reía á carcajadas al ver á su padre forcejeando por sacar la cabeza del saco negro, y corrió á Paquito para decirle al oído un secreto muy grande, muy grande...

—¡Pero qué tonto es papá!...

Paquito no la escuchaba, sin embargo: durante toda esta escena había sentado en el sitial gótico á Tock, el perrazo amarillento, que se dejaba manejar con esa especie de cariñosa paciencia, con que á los niños soportan los perros. Colgóle después de su collar de hierro repujado las cinco medallas de los premios, y colocándole en la cabeza el diploma en forma de cucurucho, gritó á Lilí con extraño acento:

—¡Anda!... ¡Que lo retrate papá!... ¡Á Tock le doy yo todos mis premios!...

Mientras tanto pasmábase el lacayo al oir que su señora le daba, al pasar, la extraña orden de encender sin pérdida de tiempo la chimenea del *boudoir:* era aquel día el 25 de Junio, y el calor comenzaba ya á ser sofocante. Obedeció sin embargo, con esa especie de impasibilidad automática, propia de los criados de grandes casas, y cuando el Excelentísimo Sr. Ministro de la Gobernación, D. Juan Antonio Martínez, buey Apis por otro nombre, entró en el *boudoir,* ardía ya en la chimenea un alegre fuego, y á su lado le esperaba Currita, tendida en una *chaise-longue,* envuelta en una bata de raso, perfectamente enguatada, y arropados los pies con un *plaid* escocés finísimo: descansaba su cabeza en una gran almohada con lazos color de rosa, y tendiéndole al verle entrar, su flaca manecita, dijo con la débil voz de un enfermo desahuciado:

—¡Adiós Martínez!... Sólo á V. hubiera yo recibido hoy.

El buey Apis dió un mugido, expresión fiel de la admiración, la sorpresa y el sobresalto que al punto le embargaron, y comenzó á sudar á la vista de la chimenea encendida.

—¿Pero qué es esto, señora Condesa?—exclamó desolado.—¿Sigue la jaqueca?...

—Fatal... ¡fatal estoy!—contestó Currita.—Creo que tengo calentura... ¡y unos escalofríos!...

Y la muy ladina estremecía el débil cuerpecillo, señalando al mismo tiempo al Ministro una pequeña *marquesita* colocada junto al fuego, y al alcance de su mano: en ella se sentó el Excmo. Martínez, dispuesto á dejarse tostar en su mullido asiento, como San Lorenzo en las parrillas.

—¡Lo siento... lo siento en el alma!—dijo.

Y con sencillez verdaderamente progresista, añadió, recordando la rústica farmacopea de su tierra nativa:

—¿Por qué no se pone V. dos ruedas de patatas en las sienes?... Eso alivia mucho.

—¿Patatas?—exclamó Currita estremeciéndose de espanto.—¡Jesús, Martínez, por Dios!... Prefiero la jaqueca.

Martínez comprendió que había asomado la oreja lugareña bajo la piel de Ministro cortesano, y entró en materia dejando á un lado compasivos preámbulos y recetas caseras.

—Siento entonces venir á aumentarle á V. la jaqueca; pero el negacio es grave y urgente...

La Condesa acomodó la roja cabecita en su blanda almohada con lazos rosa, y fijó en el Ministro sus claros ojos que expresaban admirablemente la extrañeza. Afianzóse Martínez las gafas de oro, torció la descomunal cabeza, y amenazando á Currita con su gordo y porrón dedo, como hace el dómine que echa al niño una reprimenda cariñosa, le dijo:

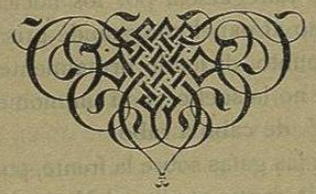
—En Palacio están muy disgustados...

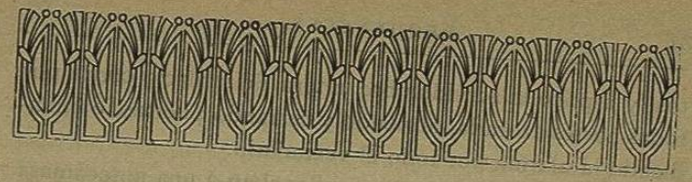
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y de repente, con la agilidad de una gata cazadora que se lanza sobre el incauto ratoncillo, arrancó de manos del Ministro la peligrosa carta, y la arrojó en el fuego... El papel se enroscó un segundo entre las llamas, quedando al momento convertido en cenizas.

Atónito el Ministro, retrocedió bruscamente en la butaca, soltando una palabrota; mas Currita, sin ofenderse por ella ni asombrarse tampoco, dejóse caer de nuevo en su almohada como si tal cosa, diciendo con su cándida risita:

—¡Vamos, vamos, Martínez!... Preciso será que se ponga V. dos parches de patata... ¡Eso refresca mucho!...





VI

JAMÁS había pasado el pacífico portero de Villamelón susto tan tremendo como el que le tenía reservado el Sr. Gobernador de Madrid para aquel día memorable, 26 de Junio... Eran las diez de la mañana, y Baltasar, sin haberse vestido aún la larga librea azul con anchas franjas en las bocamangas y cuello, cubiertas de escudos heráldicos, limpiaba cuidadosamente el polvo á las soberbias arcas florentinas, los enormes sitiales antiguos y las armaduras de brillante acero, que adornaban el vestíbulo. Púsose después á peinar las largas lanas de Bruín, el oso de Noruega, su mudo compañero, y en esta operación se hallaba, cuando un tropel de gente sospechosa invadió de repente la casa, en actitud nada tranquilizadora. Asustado Baltasar cerró de golpe la gran mampara de cristales; pero á los repetidos porrazos que en ella dieron los que de fuera entraban, cayeron rotos dos de los magníficos vidrios esmerilados que ostentaban en medio la cifra y corona de Villamelón, y aterrado entonces Baltasar, huyó escaleras arriba con el mandil remangado, atropellando á su paso al diminuto D. Joselito, que pacíficamente frotaba con cáscara de limón las varillas metálicas que sujetaban la mullida alfombra en cada peldaño de la escalera. El enano huyó también dando gri-

tos, y á poco la servidumbre entera del palacio corría por todas partes azorada, abriendo y cerrando puertas, é infundiendo la alarma por todo el vecindario.

Mientras tanto, los invasores llegaban á una antecámara completamente desierta, y el que parecía capitanearlos, comenzó á golpear el suelo con su bastón de borlas, citando á la Condesa de Albornoz en nombre de la justicia. Era este individuo el jefe de orden público, y venía en nombre del Gobernador á registrar el palacio de la Condesa, é incautarse de todos sus papeles. Acompañábanle media docena de guardias municipales, un alcalde de barrio y hasta diez ó doce hombres de mala catadura, provistos de grandes garrotes, que parecían por las trazas pertenecer á la por aquel tiempo famosa *partida de la porra*. Guardáronse todas las puertas, quedando franca para todo el mundo la entrada, prohibida para todos la salida.

Mientras tanto, dormía Villamelón el sueño del justo: Currita, por el contrario, levantada contra su costumbre desde muy temprano, como si algo esperase, notó al punto el alboroto: púsose muy pálida, y una sonrisa de diablillo crispó por un momento sus delgados labios. Temblando como una azogada, entró Kate, la doncella inglesa, á participarle lo ocurrido: pareció entonces azorarse mucho la dama, como si de nuevo la cogiese, y quiso á toda prisa avisar al Marqués de Butrón lo que acontecía. Las puertas estaban ya, sin embargo, guardadas, y prohibida la salida: púdose á pesar de todo hacer saltar la tapia del jardín á un pinche de cocina, y éste fué el encargado de llevar al diplomático la embajada de la Condesa.

El despertar de Villamelón fué horrible: la imagen del terror había quedado grabada de antiguo en su cerebro, bajo la forma de los salvajes riffeños de África, y ellos con sus espingardas fueron los primeros fantasmas que vió asomar en su imaginación en ese primer momento de confusión de ideas, que sigue al despertar de todo hombre. El Excmo. Martínez, el colosal buey Apis, vino al punto á destacarse entre ellos, presentándole con una mano su imprudente carta, echándole la otra al pescuezo para conducirle sin piedad al Saladero... Villamelón pensó morirse del susto, porque á su carta, y solo á su carta, como muy bien le había profetizado el día antes Currita, podía atribuir la repentina llegada de la policía. Pronto, sin embargo, tomó su partido: acurrucóse de nuevo en la cama, y juzgó lo más prudente darse allí mismo por muerto. ¿No era Currita quien le había metido en aquellos berengenales?... ¡Pues allá se las compusiera ella como buenamente pudiese!... En vano le instaba la Condesa temblando de ira, para que se levantase y saliera á recibir la caterva de polizontes: Villamelón contestaba que estaba constipado, que estaba sudoroso, y cogería de seguro un pasmo á poco que le diese el aire.

El tiempo urgía, y la intrépida Currita vióse al fin precisada á salir ella misma al encuentro de los invasores: no lo hubiera hecho con más arrogancia la viuda de Padilla al presentarse á las tropas de Carlos V en el Alcázar de Toledo. Con altivo continente pidió al jefe de orden público el mandato del Gobernador legalizado por el juez, único que según las leyes vigentes, podía autorizar aquel atropello: presentóselo respetuosamente el funcionario, y rasgólo ella en dos pedazos después de leerlo. Hizo entonces una valiente protesta en que sacó á relucir sus leales opiniones alfonsinas, y mandando á un viejo, empleado en la contaduría de la casa, que guiase á sus habitaciones á aquellas gentes y presenciara el registro, retiróse dignamente á la sala de billar, seguida de sus doncellas como una reina de sus damas: allí hizo traer á los dos niños, Lilí y Paquito, y abrazándolos tiernamente y sentándolos en sus rodillas, pa-

recía parodiar el triste grupo de la reina María Antonieta, refugiándose con sus hijos en un rincón de las Tullerías, invadidas por el populacho. Kate lloraba desconsolada: Miss Buteffull se había puesto el sombrero y los guantes, como si esperase la orden de marchar.

No hacía Currita aquellos alardes artísticos sentimentales á humo de pajas: la noticia había corrido en un segundo por los círculos políticos y aristocráticos de la corte, extendiéndose después por casinos y cafés, tiendas y plazuelas. El pueblo comenzó á agolparse con estúpida curiosidad á las puertas del palacio, y á poco una larga hilera de coches ocupaba toda la calle, suspendían un momento su pausada marcha, abríanse y cerrábanse con estrépito las portezuelas, y bajaban encopetados señorones, aristocráticos gomosos y damas elegantes: venían éstas de trapillo, mirando á todas partes entre asustadas y curiosas, y abrazaban á Currita haciendo exclamaciones de sorpresa, de indignación, de entusiasmo y de lástima. Esto era lo que esperaba la taimada Condesa; con su sonrisa de colegiala apretaba á unos la mano en silencio, repetía á otros la relación del atropello, y elevaba los ojos al cielo con aire de víctima resignada, que se inmola, abrazada á sus hijos, en aras de la proscrita dinastía. ¿Qué sería de ellos?... ¡Pobres hijos suyos!... ¡Y Fernandito tan afectado, tan nervioso, postrado en cama é inspirando su salud serios cuidados! Quizás les esperaba el destierro, quizá la cárcel, quizá... ¡Oh! las damas se estremecían de furor y de espanto, hablando todas á un tiempo, confortando á la víctima con sus consejos, y dándose todas al diablo allá en sus adentros, porque era á Currita y no á ellas, á quien había tocado la suerte de hacerse sospechosa á la policía, y llegar al apogeo de la celebridad de un solo salto.

Llegaron también varios periodistas á caza de noticias, lápiz en ristre y reparos á la espalda, y fueron muy bien recibidos, dignándose la misma Currita darles noticias del suceso. Pedro López, el cronista de los salones elegantes, que acudía á comidas y saraos con los bolsillos del frac forrados de hule, para poderse llevar á mansalva dulces y emparedados, estuvo admirable. Currita le tendió una mano, enternecida á la vista de aquel fiel amigo, que tantas veces había descrito los primores de su falda: él se la estrechó en silencio, repitiendo por tres veces:

—¡Ominoso!... ¡ominoso!... ¡ominoso!...

Y apartándose un buen trecho, púsose á garrapatear con ardor febril en su cartera, no sin que todas las damas y muchos caballeros vinieran á hacérsele presentes, mendigando una mención honorífica en aquella crónica, que había de ser al otro día la *great attraction* de la corte. La apoteosis de Currita prometía ser ruidosísima, y preciso era figurar en ella, aunque solo fuera de comparsa.

Llegó Leopoldina Pastor sofocadísima, con un devocionario enorme en la mano: venía de Misa, porque estaba haciendo en San Pascual una novena, para impetrar del cielo una apoplegía fulminante para D. Salustiano de Olózaga. Irritóse mucho de que Currita no hubiese tirado por la ventana al jefe de orden público; juró que no saldría de allí aquel indecente sin oir antes de sus labios cuatro palabritas bien dichas, y alborotando y accionando, y sacando la lengua á los agentes de orden público que encontró al paso, fué á parar al comedor, porque eran ya las doce, estaba en ayunas, tenía hambre, y se hacía imposible salir de allí hasta que terminara el registro. Muchas damas y caballeros la siguieron, dispuestos á caer sobre las provisiones de Villamelón, como una nube de langostas, y el pasmo de todos fué entonces grande... Sorprendieron al moribundo Marqués en un rincón del comedor, apoyado en un trinche-

ro de roble, zampándose de pie y á toda prisa y mirando á todas partes azorado, una inmensa jícara de suculento chocolate, con una pirámide colosal de dorados picatostes... Pasado el primer susto, y no escuchando ya en la casa otro ruido extraordinario que el incesante ir y venir de la gente que de la calle entraba, Villamelón sintió en toda su pujanza el aguijón más terrible que podía hostigarle, ¡el aguijón del hambre! En vano llamó una y otra vez, para que le trajesen como todos los días:

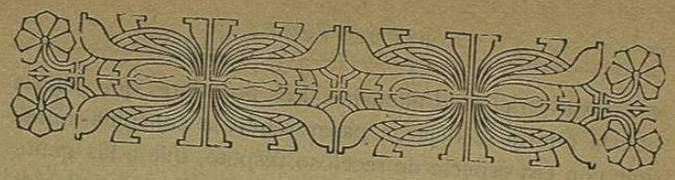
Ancha bandeja con tazón chinesco,
Rebosando de hirviente chocolate.

Los criados, diseminados por la casa, no acudían á su llamada, y prefiriendo Villamelón los riesgos de otra muerte á la muerte de hambre, decidió al cabo levantarse y escurrirse por pasadizos y corredores hasta la misma cocina, en busca del cotidiano alimento: una vez en posesión de él, refugióse en el rincón más cercano, y allí comenzó á devorarlo.

La llegada de los importunos huéspedes hízole levantar el campo, huyendo hacia el interior con el chocolate en una mano y los picatostes en la otra. Mas con grandes risotadas le detuvo la señoril y hambrienta turba, y alcanzándole Leopoldina Pastor por los cortos faldones de la bata, le gritaba muerta de risa:

—¿Pero á dónde vas, Fernandito?... ¡No te vayas, hombre!... ¡Si para sentir es menester comer!... Si nosotros venimos á ayudarte...

Y desde el *maitre d'hotel* hasta D. Joselito, comenzaron á trabajar, sin dar apenas abasto, en servir á la emocionada concurrencia un *lunch* improvisado, un *pic nik* sustancioso.



VII

ERA el Marqués de Butrón una de esas medianías que en los tiempos de escasas notabilidades pasan por eminencias, debiendo sólo su altura á las escasas proporciones de los hombres y cosas de su época. Hase dicho, sin embargo, que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y no se libraba el gran Robinsón de esta ley general de las ilustres celebridades. Consistía, pues, una de sus secretas flaquezas, en teñirse cuidadosamente la barba, blanca ya por completo, para ponerla al nivel de su todavía abundante cabellera, que se conservaba negra como las alas del cuervo.

Disponíase, pues, el respetable diplomático en aquella mañana del 26 de Junio á esta operación importantísima, cuando le pasaron precipitadamente el recado de Currita. El peludo señor perdió por completo la cabeza, y temiéndolo todo de la bellaquería de la Condesa, que tenía él muy bien conocida, pidió á toda prisa un simón, y sin acordarse para nada de que su barba sin teñir iba á revelar el hasta entonces bien guardado secreto á las lenguas más hábiles en cortar sayos que encerraba la corte, corrió al palacio de aquella equívoca oveja, que tanto le importaba